

Certamen Literario Orcasitas

Título: La Guardiania del Barrio

Relato:

En el corazón de Orcasitas, donde el sol de la mañana dora los bancos y los niños persiguen palomas imaginarias, se alza ella. No es de carne y hueso, sino de bronce paciente, una aguadora anclada en el tiempo, con su cántaro eternamente a punto de verter un agua que ya solo fluye en la memoria colectiva. La llamamos "La Guardiania del Barrio", aunque su placa oficial rece un nombre más genérico, de esos que olvidan que las estatuas, a veces, respiran las historias de quienes las rodean.

Yo la conocí cuando el barrio era una promesa susurrada entre el polvo y la esperanza. Entonces, el agua no era un adorno de fuente, sino un tesoro que acarreamos en cubos desde surtidores lejanos, un bien preciado que medía la sed de familias enteras acunadas en la precariedad de las chabolas. La estatua aún no estaba, claro. En su lugar, había un descampado donde los sueños de un hogar digno se mezclaban con el barro en los días de lluvia. Pero el espíritu de esa aguadora, la mujer fuerte que provee, que no se rinde, ya habitaba en cada madre, en cada vecina que luchaba por un futuro mejor para los suyos.

Recuerdo las asambleas a la luz de una bombilla solitaria, la voz rota pero firme de Manolo el albañil, la determinación en los ojos de Carmen la costurera. Orcasitas no nació, se parió con dolor y esfuerzo. Fuimos nosotros, los "otros", los olvidados, quienes con nuestras propias manos levantamos los cimientos de lo que hoy es un barrio. La solidaridad era nuestro cemento; la necesidad, nuestra arquitecta. Cada ladrillo era un desafío al sistema, cada ventana abierta, una bocanada de dignidad. Y el agua, siempre el agua, como un anhelo constante. Veía a mi madre, con la espalda curvada pero el ánimo intacto, regresar con los cántaros llenos, el líquido vital que nos mantenía en pie. Ella era una aguadora de verdad, de las que se manchan de tierra y sudor.

Cuando por fin llegaron las casas, las calles asfaltadas, y con ellas la fuente y su escultura, muchos sonrieron con una mezcla de alivio y nostalgia. La estatua, instalada en la nueva plaza, no era solo una pieza de arte urbano. Para los que habíamos vivido la sed y la lucha, era un monumento a nuestra propia resistencia. La aguadora de bronce, con su porte sereno y su cántaro inmóvil, se convirtió en el eco de todas aquellas mujeres anónimas que habían sostenido al barrio con su esfuerzo diario. Ella "nos vio" crecer, celebrar las primeras fiestas del barrio con la alegría de quien ha conquistado su tierra, llorar a los que se fueron sin ver completada la obra. Observó a los niños, antes descalzos sobre el terruño, correr con zapatos nuevos hacia colegios de verdad.

Hoy, me siento a menudo en el banco frente a ella. Los nietos de aquellos

pioneros chapotean en los charcos que deja el riego automático, ajenos a la sed de antaño. La aguadora de bronce sigue ahí, impasible. El sol arranca destellos verdosos de su pátina, como si guardara en su interior el eco de las risas, los llantos y las canciones de lucha. Ya no ofrece agua para beber, pero su presencia sacia otra sed: la de memoria, la de identidad. Su murmullo no es de agua, sino de historias. Nos recuerda de dónde venimos, quiénes somos, y la fuerza imparable de una comunidad que decidió tomar las riendas de su destino, transformando el polvo en hogar, la necesidad en dignidad. Y en su silencio metálico, parece susurrar una promesa: mientras Orcasitas recuerde su lucha, el agua de la esperanza nunca dejará de fluir. Es el legado silencioso de nuestra guardiana de bronce, el corazón perenne de nuestro barrio.

Indalala

